Semanario pintoresco español

Madrid 1847

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.

EL MARQUES DE CADIZ.



DON Rodrigo Ponce de Leon, tercer conde de Arcos y marqués de Cádiz, heredó el valor de sus antepasados los esclarecidos condes de Tolosa y de San Gil, cuyo origen y antigüedad se pierde en los primitivos tiempos de la historia. Nació el año de 144[illegible]. Contaba apenas 17 cuando cabalgando de un punto á otro con algunos deudos y amigos, alcanzó á ver un peloton de moros compuesto de fuerzas muy superiores á la que él llevaba en su compañia. Como intentase salirles al encuentro, le dijo Luis Pernia que aquella era determinacion de mozo. Encarándose el marqués, le respondió con entereza: «aunque no tengo barbas, tengo brios;» y picado de las palabras de D. Luis dió órden de acometer, y arremetió el primero. Peleando se le rompió la correa donde traia colgada la adarga y apeóse para cogerla: al verle á pié cargaron sobre él algunos moros, y mató á dos y á los otros los hizo retirar, apoderándose antes de una honda que traian, con la cual les arrojó algunas piedras. Por el buen suceso de esta batalla, llamada del Madroño, le otorgó el Rey Enrique IV treinta mil maravedis de juro: en esta concesion se lee: «Porque imitando vos al santo Rey David, con honda y piedra desviaste los moros.» Horló tambien su escudo con una honda para eterna memoria de aquel dia.

Componian sus deudos y vasallos un pequeño

ejército con el cual salió á campaña al primer llamamiento de los Reyes Católicos, que no menos que el marqués ardian en deseos de vengar la afrenta que las armas cristianas habian recibido en la sorpresa de Zahara. Al intento puso sus ojos en la villa de Alhama, situada en una altura, defendida por un rio y por enormes peñascos. Envió algunos esploradores, y enterado de que los moros no tenian la mejor vigilancia, pues fiados en lo inaccesible que era aquel punto no temian sorpresas ni rebatos, reunió á los suyos, aguardó la noche, y escalando el castillo algunos soldados de su confianza, abrieron un postigo por donde entraron el marqués y sus tropas con grande algazara, y haciendo sonar timbales y trompetas para aumentar la confusion de los moros; pero estos se repusieron pronto de su primer susto y pelearon con el mayor brio hasta perder las vidas. Dueño ya del castillo cuando empezaba á rayar el dia, atacaron la plaza que los moros defendieron con admirable obstinacion, hasta que venida la noche desmayaron y huyeron á una mezquita desde donde hacian mucho daño á los cristianos; pero habiéndose incendiado las puertas se dieron á partido. En este hecho de armas mostró el marqués su cortesía y delicado porte con las damas, pues en la toma del castillo iba discurriendo por las estancias de la fortaleza cuando una bella mora, muger del alcaide, queriendo huir de los cristianos cayó á los pies del marqués que la levantó del suelo, prometiéndola que respetaría su honor, como asimismo el de otras moras que entraron á la sazon huyendo de algunos soldados.

Grande fué el sentimiento de los moros por la pérdida de Alhama. «Alhama, decian, es la llave del reino de Granada; Alhama se perdió, Granada se perderá tambien.» Cumpliéronse sus vaticinios: el marqués habia dado el primer paso para aquella conquista, soñada por tantos soberanos; pero los árabes se preparaban para la venganza. Apenas se divulgó la noticia en Granada, aprestó Muley Aben Hacem un ejército de cincuenta mil infantes y tres mil caballos, y emprendió su marcha, ciego de coraje, y jurando no descansar hasta que ondease su pendon sobre los torreones de Alhama. Fiado en la superioridad de sus fuerzas y en la bravura de sus soldados, caminaba sin artillería y sin otros ingenios que defendian y facilitaban los escalamientos de las plazas. Cara pagó esta temeridad aquel caudillo, pues se vió rechazado por el marqués en cuantos asaltos intentó contra la plaza; perdiendo en inútiles tentativas la mejor gente de su ejército y sembrando en él el desaliento. Determinó, pues, reducirla por hambre y sed y al intento torcieron la corriente del rio despues de sangrientos choques con los cristianos, apretando de tal manera la villa, que morian estos de sed á los pocos dias. En tal conflicto la marquesa de Cádiz, esposa de D. Rodrigo, acudió al duque de Medina-Sidonia, y le espuso el grave peligro que corria su marido. Habia entre las dos casas una enemistad inveterada, que se trasmitia de padres á hijos; pero Medina-Sidonia, olvidando antiguos resentimientos y juzgando que el marqués en igual caso hubiera hecho otro tanto, determinó ir él mismo en persona á socorrerle, levantando un ejército numeroso y ofreciendo mil dones á los que le siguiesen voluntariamente. El Rey, que se hallaba en Medina del Campo, apenas supo el aprieto del marqués, partió á grandes jornadas en su socorro, acompañado de muchos caballeros de su corte. Llegó Medina-Sidonia con su ejército cerca de los muros de Alhama, cuando Muley desesperado acababa de levantar el campo apresuradamente. Al divisar los cristianos desde los adarves al numeroso ejército que venia á libertarles, prorrumpieron en voces de alegría; pero la admiracion del marqués creció de todo punto al reconocer al duque su antiguo contrario. Deponiendo el enojo, y olvidando antiguos resentimientos, corrió á recibirle en sus brazos con toda la efusion de su alma.

Las primeras palabras que le dirigió fueron estas: *Bien parece, señor duque, que mi honra fuera guardada en las diferencias pasadas, si la fortuna me trajera á vuestras manos, pues me habeis librado de las agenas.* Y respondiòle el duque: *Señor marqués, amistad ó enemistad no ha de ser bastante para que yo deje de servir á Dios y hacer lo que debo á mi honra.* Y tornaron á abrazarse y á repetirse los mas sinceros juramentos de eterna y fraternal amistad; dejaron despues una fuerte guarnicion en Alhama y partieron juntos á Antequera, donde se hallaba el Rey con algunos grandes de su corte preparándose para dar principio á la conquista.

Tratóse de una espedicion contra Loja: espuso el marqués los inconvenientes que podrian ofrecerse para apoderarse de la ciudad, pues sobre ir con poca gente para una empresa de tanta consideracion, no iban provistos de los pertrechos necesarios á un ejército sitiador. El éxito desgraciado demostró de cuanto peso eran sus reflexiones; ya era tarde; pero si el de Cádiz no pudo disuadir al Rey en el consejo, libróle de la muerte con mucho riesgo de su persona, pues viéndole rodeado de moros, voló á su socorro con setenta ginetes y abrióse paso hasta llegar á donde estaba Fernando, que lleno de gratitud le tendió una mano.

Algun tiempo despues ocurrió que los moros Gomeles, capitaneados por el Zegrí salieron á sus acostumbradas correrías y dejaban talados los campos y arrasados los pueblos por donde pasaban. Presentóles la batalla Luis Portocarrero en las orillas del Lopera y logró dispersarlos despues de repetidos choques. Huyeron los moros del lugar del combate y reuniéndose á poca distancia en número de tres mil infantes y mil caballos, emprendieron la retirada con algun órden por la ribera del Guadalete. Entonces el de Cádiz, sabedor de sus movimientos, salióles al encuentro y arremetió con los suyos impetuosamente á los Gomeles, haciendo en ellos gran destrozo y matanza. Aumentóse el furor de los nuestros al ver que las armas, corazas y capacetes que habian perdido en la Ajarquía servian ahora á los enemigos que venian engalanados con ellas. El marqués reconoció el caballo de su hermano Beltran, que sustentaba á un gallardo moro. Indignóse á la vista de aquel ultraje á la memoria de su hermano y derribó al moro de un bote de lanza. Ya en esto íbase concluyendo la pelea, pues los que no cayeron muertos dieron á huir por el campo adelante, dejándolo todo sembrado de despojos. Trajeron al marqués el caballo de su hermano y «apoyándose sobre el cuello del hermoso

»bruto, miró el marqués tristemente aquella silla »donde nunca mas se sentaria su noble dueño. Una »congoja mortal agitaba su espíritu, y ocultando el »rostro en la frondosa crin del caballo, esclamó: »¡ay hermano mio! sin pronunciar mas palabra; tan »espresivo es, con ser tan callado, el sentimiento »de un guerrero.»

Fué tan grande el desastre de los moros que solo pudo compararse con el que habian sufrido los cristianos en los montes de Málaga. El Rey concedió al marqués para sí y sus herederos por siempre jamás el honroso privilegio de vestir todos los años la ropa que llevasen los Reyes de Castilla el dia de nuestra señora de Setiembre, que fué cuando aconteció la batalla.

No satisfecho D. Rodrigo con este triunfo, puso los ojos en la fortaleza de Zahara que dos años antes habia caido en poder de los enemigos. Entusiasmados los suyos se lanzaron por todas partes al asalto y fué ganada Zahara, despues de pelear esforzadamente por las calles y de ir tomando las casas una por una. Premiaron los soberanos este servicio concediendo al marqués el título de duque de Cádiz y marqués de Zahara.

Un año despues aconsejó al Rey que pusiese cerco á Ronda, donde gemian en las mazmorras los desgraciados prisioneros de los montes de Malaga. Movióse el ejército y en breve tiempo se ganó aquella ciudad, uno de los puntos mas importantes para facilitar la conquista del reino de Granada.

Rindióse despues Velez-Málaga y otras plazas, señalándose el marqués en todas las facciones de guerra de tal modo que en diferentes ocasiones llegó á comparársele con el Cid; pero el marqués no gustaba de estas alabanzas, antes bien manifestaba enojo si alguna vez llegaban á sus oidos. Como era infatigable en el combate y no perdonaba medios para el esterminio del enemigo, propuso á los soberanos que se dirigiese el ejército sobre Málaga, cuya conquista se prometia en breve tiempo. Accedió el Rey á sus deseos y revolviendo su campo asentó sus reales cerca de la poderosa Málaga y coronáronse todas aquellas alturas de vistosas tiendas. Hallábase allí la Reina Isabel, y queriendo ambos soberanos visitar las tiendas del marqués, que se asentaban en la cima de un monte, frente al castillo de Gibralfaro, mandado á la sazon por el feroz Zegrí, fueron allá con lucido acompañamiento de damas y caballeros. Recibió el de Cadiz á sus soberanos con mucho acatamiento y cortesía, y sirvióse despues un refresco, durante el cual todo fué regocijo, fiesta y algazara. El marqués acudia á todas partes con semblante alegre y risueño: mas vióle la Reina palidecer de pronto; pero no comprendia la causa de aquella repentina y estraña mudanza. Miráronse todos y dirigiendo despues la vista por el campo, vieron ondear en el castillo de Gibralfaro el estandarte del de Cádiz, el mismo que habia perdido en la rota de los montes de Málaga, y para mayor sonrojo, vieron todos aparecer en las almenas á multitud de moros cubiertos y engalanados con las corazas y cascos de los caballeros cristianos. Devoró su rabia el valiente marqués y aguardó en silencio la ocasion de tomar una justa y completa venganza.

Al dia siguiente asestó sus baterías hácia aquella torre que habia pregonado su ignominia y bien pronto la vió desmantelada y aun reducida á escombros: entonces le pidieron algunos jóvenes que les condujese al asalto; pero no lo creyó prudente todavia y les acalló adelantando sus tiendas hácia la fortaleza. Venida la noche cesaron los fuegos y se entregó al descanso la mayor parte de la tropa. Entonces un valiente capitan moro salió con dos mil de sus mejores soldados y sorprendiendo los centinelas avanzados dieron de improviso sobre el campamento cristiano sembrando en él la confusion y el espanto. Huian los soldados del marqués, pero este que no habia perdido su serenidad, reunió algunos de los suyos y arremetió con denuedo diciendo: «vuelta hidalgos; á ellos, no temais, é iba su bandera ante él: é desque los escuderos que huian vieron al marqués con su gente cobráron esfuerzo y volvieron sobre los moros é estos fueron vencidos.»

Continuábase el sitio de Málaga con tenaz empeño. El de Cádiz era siempre el primero en todos los peligros y fatigas. Oianle los soberanos con sumo interés en los consejos que se celebraban para estrechar á los sitiados, y á sus acertadas medidas se debió la rendicion de la ciudad despues de los infinitos padecimientos de los moros.

Encontróse despues en la batalla de las huertas, en el sitio y rendimiento de Baza y en todos los encuentros y acciones que mediaron hasta la capitulacion de Granada y término de la conquista. Las dolencias que habia adquirido en las continuas fatigas de la guerra y el sentimiento que le causó la pérdida de sus hermanos, desde cuyo suceso cobró una profunda melancolía, le iban consumiendo lentamente. El dia 27 de Agosto de 1592 entregó su espíritu al Criador despues de una larga y penosa agonía.

Sus honras se hicieron con toda la solemnidad que su persona merecia. Colocaron su cuerpo en un atahud forrado de terciopelo negro, y adornado con una cruz blanca de damasco en medio. Vistiéronle una camisa con muchos bordados, un jubon de brocado, un sayo de terciopelo negro, una marlota de brocado que le cubria hasta los pies, unas calzas de grana y unos borceguíes negros. Ciñéronle un cinturon de hilo de oro y de él pendiente su espada dorada, como él acostumbraba llevarla en las guerras. Hecho esto, colocaron el atahud sobre unas andas y le pasaron á otra sala en donde estaba su padre D. Pedro Ponce, señor de Villagarcía, la viuda del marqués y otros parientes, y muchos amigos, pages, doncellas, escuderos y criados, todos vestidos de luto y muchos de gerga. No faltó á esta triste ceremonia el valiente D. Alonso de Aguilar, *que era mucho su amigo*, como dice el manuscrito de donde se han tomado estas noticias. Tambien concurrieron los famosos D. Pedro y D. Luis Portocarrero, y todos al fijar los ojos en el atahud, prorrumpieron en sollozos; despues se quedaron por largo rato en muda contemplacion, reflexionando el triste fin de todas las grandezas humanas. ¡Aquel caballero tan animoso y valiente, aquel que era terror de sus enemigos en la pelea, el mas bizarro en las justas y torneos... solo quedaban de él unos restos inanimados, pronto se reducirán al polvo, á la nada!

Venida la noche aparecieron á la puerta del mar

qués ochenta clérigos, llevando en medio una gran cruz, seguianles tres órdenes de frailes y todas las dignidades eclesiásticas y seglares, el conde de Cifuentes y otros muchos caballeros. Sacáronle acompañado de doscientas cuarenta hachas de cera que iluminaban como el dia las calles por donde pasaban. Hacian de trecho en trecho algunas paradas y cantábanle responsos «é las gentes que seguian con»tinuaban sus ploros, é les ayudaban las dueñas »que salian á mirar desde sus puertas é ventanas y »daban grandes gritos las mugeres, como si fuera »padre, ó fijo ó hermano.»

Acompañaban al féretro diez banderas que el marqués habia ganado á los moros en las guerras que les habia hecho antes de empezar la que acabó con la conquista de Granada. Pusiéronlas sobre su tumba, en donde, segun disposicion de la familia del marqués, habian de permanecer siempre «para sustentar la fama de este buen caballero;» y allí permanecieron por algunos siglos, escitando el respeto y la admiracion de cuantos llegaban delante de su sepulcro, hasta que en la pasada guerra de la independencia destrozaron los franceses aquellos sepulcros de los Ponces, restos venerandos de las glorias de nuestra patria. Preparada despues la capilla por los ilustres descendientes de esta casa, todavía se vé escrito en letras de oro en una de sus paredes el nombre del valeroso D. Rodrigo Ponce de Leon.

M. J. Diana.

BELLAS ARTES.

ESPOSICION DE PINTURAS DE 1847.

ARTICULO III Y ULTIMO.

Entre las varias escuelas que se puede proponer como modelo un pintor de retratos para aprender á interpretar convenientemente la naturaleza, son sin disputa la veneciana, la flamenca y la española, las que reunen en grado mas eminente las tres dotes, naturalidad, grandiosidad y mágia; y dado que este género de pinturasea de mero deleite cuando los personajes cuyas semblanzas perpetúa no son precisamente hombres célebres ó varones de alta importancia histórica, creemos que ninguna manera convencional que se aparte de un selecto naturalismo puede ser tolerable en un cuadro destinado únicamente á reproducir la figura de un idividuo. Sin embargo el señor Lopez (D. Bernardo) se propone en sus retratos copiar la naturaleza sin sujetarse á las máximas de los grandes maestros de las citadas escuelas; fiel á los principios que por herencia y por eleccion ha recibido de los modernos prácticos valencianos, protesta contra el estudio de aquellas, se declara independiente en su modo de comprender la forma, y sacrificando el sério dibujo de Van-Dyck, del Veronés y de Velazquez, y viendo todas las vívidas refracciones del prisma donde aquellos coloristas solo veian una luz reposada y severos tonos, consigue no obstante cautivar la atencion de una gran parte del público y alcanzar como pintor de retratos una reputacion muy envidiable. Este año, como todos los años anteriores, hemos sido testigos de grandes elogios tributados á las obras de este pintor, y hemos atribuido la mayor parte de ellos al nombre de Lopez, ya glorioso, y la otra parte á un mérito positivo que sinceramente hemos creido debia existir donde tanto atractivo encontraba el público, aunque estuviese fuera del alcance de nuestro análisis. Al detenernos delante de los retratos del duque de San Cárlos y del general Azpiroz, entre los admiradores de D. Bernardo Lopez, nos hemos hecho las mismas reflexiones que dejamos arriba apuntadas: hemos buscado de buena fé, y guiados por un verdadero deseo de completar nuestras ideas sobre el arte, el secreto de aquella aceptacion, de aquellos aplausos, y hemos fatigado en vano la observacion y la meditacion para hallar en dichos retratos la naturaleza y la verdad. Pero el público ha dado al nombre de Lopez una celebridad, una corona; no ha sido esta poca suerte para el pintor de que hablamos, que tal vez estudiando á Velazquez y á Ticiano no hubiera conseguido llamar tanto la atencion. El buen gusto tiene sus leyes, sus principios eternos, sobre los cuales se discute y se razona, pero ¿quién es capaz de razonar sobre los caprichos? Seria por otra parte injusto criticar las obras de D. Bernardo Lopez solo porque no se observan en ellas las máximas de los naturalistas flamencos ó españoles; porque podria aquel respondernos que á sus ojos y á los de sus muchos apasionados, son los retratos pintados segun la manera que el solo nombre de Lopez indica, mas verdaderos que los de los referidos maestros. Por consiguiente toda la cuestion se reduce á saber quien acierta y quien yerra en este modo de entender la naturaleza, si los que la ven como la veian Velazquez y Van-Dyck, ó los que la traducen á la manera de Maella, Bayeu y Lopez. Para decidirla nos declaramos sinceramente incompetentes, y reconocemos desde luego que si la escuela valenciana es el camino recto, todos nuestros principios sobre el arte quedan reducidos al absurdo. Una gran cualidad reconocemos en el proceder que va personificado en el apellido de este pintor, que es la facilidad, y de ella carece sin embargo Don Bernardo Lopez, como puede verse en los dos retratos mencionados del duque de S. Cárlos y del general Azpiroz, ejecutados con cierta fatiga que hace todavía mas deplorable á nuestros ojos la ausencia de un dibujo de mas carácter y estilo y de un colorido mas reposado y grave.

D. Luis Ferrant ejecuta con mucha facilidad sus retratos, y el del niño que ha presentado, ademas de ofrecer en alto grado esta cualidad, tiene muy buen empaste y simpático colorido, aunque revela en parte el procedimiento un tanto rutinero de la *aguada*, lo cual en cierto modo es un defecto para todo buen naturalista.

Llegamos al fin de nuestra ingrata tarea, y entramos á analizar tres sistemas diversos de pintura de paisaje representados por los cuadros de los señores Villaamil, Camaron y Ferrant (D. Fernando). Villaamil es el artista mas panteista que hemos conocido: no contento con forzar la naturaleza inanimada para hacer hablar con la riqueza de los tonos, ya que no con los sonidos de sus misteriosas voces, á las piedras amontonadas, labradas y esculpidas por la mano del hombre, quiere que el mismo arenal desierto, que la misma intratable y áspera montaña, que el

mismo peñasco insensible, revelen al espectador la existencia de una grande alma recóndita en el calor que hace hervir aquella arena, en los desconocidos gérmenes que tapizan de verdura aquellos enriscados picos; y para darnos á entender cuanto idolatra y admira la inmensa naturaleza que nosotros suponemos ciega y sierva obediente, derrama con amor sobre cuantos objetos contiene en sus diversas latitudes la tierra toda la riqueza de la luz meridional, toda la profusion de los matices del sol, toda la gala que á su férvida imaginacion sugieren la memoria de la nube diáfana que envolvió la cascada, de la ráfaga lenta que se alzó del lago, de la banda de iris que cruzó todo el monte, del celaje de líquido oro que pareció sorberse la mar entera evaporada; por último, de cuantos fenómenos grandiosos y elocuentes la hirieron desde que se le abrió el mundo de la poesía. La mente ardorosa de Villaamil no tolera el análisis detenido y concienzudo de los fenómenos cuales son en realidad; su inteligencia, mas sintética que analítica, partiendo de lo que es, procede rápidamente hácia lo que no existe, y se lanza impetuosa fuera de la naturaleza positiva creyendo de buena fé reproducir el mundo material con su verdadera forma. Por eso advertimos en sus seductores paisajes la verdad y la ficcion tan portentosamente combinadas, en términos que no es fácil determinar ante aquellos lienzos donde tienen su límite el estudio y la imitacion y donde empieza á aparecer la exhuberante espontaneidad de la fantasía; por eso al lado de ciertos inimitables juegos de luz que Villaamil solo puede haber sorprendido en la naturaleza, advertimos tonos enteramente imposibles, reflejos totalmente arbitrarios, trasparencias puramente caprichosas, que sin embargo producen con la verdad combinaciones fascinadoras, indescribibles, mágicas;—pero fantásticas.

La vista interior de la capilla de los Benaventes es sin embargo el cuadro de Villaamil que menos adolece de este sistemático defecto. En él ha sabido moderar el vuelo de su imaginacion para sujetarse á la realidad, y solo puede decirse que ha hecho uso de ella en el modo de interpretar la santa y veneranda antigüedad del monumento; que de buena gana nos detendriamos á describir si no temiéramos abusar de la paciencia del lector que ya lo ha visto grabado.

A la atrevida síntesis de Villaamil que construye el mundo *á priori* sobre los dos polos de la luz y del vapor, y despues vá acomodando las formas al molde de su antojo, por el estilo de los modernos filósofos eclectistas, es diametralmente opuesto el pacienzudo análisis del señor Ferrant (D. Fernando), cuyos paises, por perder muchas veces de vista el conjunto al estudiar los pormenores uno tras otro, producen muy á menudo al espectador el mismo efecto que producen al lector aquellas antiguas crónicas en cuya cansada y prolija narracion en vano intenta el filósofo descubrir la cadena lógica y providencial de los acontecimientos humanos. El señor Ferrant estudia con muy loable detenimiento la anatomía de los vejetales, la naturaleza de los terrenos, la economía local de la diversas latitudes, pero despues de acumular estos preciosos datos se olvida de acomodarlos á un fin general, de hacerlos concurrir á una armonía total, sin cuya circunstancia ni la luz puede parecer luz, ni el cielo puede tener diafanidad, ni la roca aspereza, ni el agua trasparencia, ni los vejetales frescura; dado que el señor Ferrant se propone siempre llevarnos á paises apacibles y risueños, como los que en Italia solian ser objeto de sus artísticas escursiones.

El señor Villaamil parece ser el único paisista que siente la grandiosa poesía de la mustia soledad, de la desierta campiña; todos los demas creen sin duda que la naturaleza solo es bella con el tema obligado de la montaña, del rio, de la cascada y del bosque. Respetemos los gustos de cada uno: yo por mi parte sé decir que si fuese pintor de paises, viviendo donde vivo, iria muy á menudo á buscar mis inspiraciones á esos dilatados y bíblicos llanos de los contornos de Madrid, matizados ahora de verdura de cien diversos tonos, limitados por una parte al horizonte por el delicado tornasol de la lejana sierra, quebrados en todas direcciones por las humildes corrientes de los arroyos, secos y abrasados en el estío, cubiertos á trechos de arena en los senos de esas lomas que forman las fecundas ubres donde se atesoran el pan y el vino que sustentan al hombre. Renunciaria á pintar la morada deleitosa y perfumada de las amadriadas y de las ninfas, las danzas de sátiros y bacantes, las pisadas guirnaldas de pámpanos y rosas, y el canoso rio vertiendo indolentemente de su ánfora el cristalino raudal que serpenteando por el césped se mezcla con el jugo de las vides: y me dedicaria á reproducir la grave leccion que sobre el destierro de la criatura y la nada de la existencia encierra una melancólica llanura donde el sol se levanta y se pone sin que objeto ninguno robe á la vista el grandioso espectáculo de sus transformaciones, sin que nada oculte en la línea del vasto horizonte la misteriosa bajada de las sombras y la desaparicion de la tierra bajo la inmensa tienda del firmamento. Si el señor Camaron, en vez de buscar sus paisajes en el áspero clima del norte y en regiones donde el cielo está siempre envuelto en aplomadas nieblas, y la tierra siempre mojada con la lluvia, se resolviese algun dia á estudiar los variadísimos accidentes de luz que ofrece la campiña de Madrid, la prodigiosa escala de sus sombras diáfanas y azuladas, la límpida degradacion de sus tonos, y procurára penetrarse de la solemne poesía que inspiran al que los medita esos llanos, que solo á un ojo vulgar pueden parecer monótonos, y en los cuales solamente puede encontrarse la indefinible mágia de las distancias, estamos seguros de que su imaginacion encontraria una fuente original fecunda de ideas estéticas, y que satisfecho, cuanto puede satisfacerse el alma insaciable de un artista, de sus nuevos estudios, olvidaria su pincel las imitaciones de los paises flamencos para consagrarse únicamente á los paises de su tierra y de su clima, y en cuyo género muy pocos le igualarian atendidas sus relevantes cualidades artísticas.

Aqui creemos deber terminar nuestro juicio crítico sobre la última esposicion. Como han visto los lectores, los pinceles de nuestros mas distinguidos artistas solo se han empleado este último año en hacer retratos y paises; no hemos tenido un solo cuadro místico, como *el ángel del Apocalipsi* y *las tres Marías en el Santo Sepulcro* de otros años; ni un cuadro de historia profana como el de los Girones de D. Cárlos Rivera, y el de Godofredo en el monte Si-

nai de D. Federico de Madrazo. El autor del *Dante*, de la *melancolia*, del *tránsito de Moisés*, D. Joaquin Espalter, no ha presentado obra ninguna; á no ser por el cuadro de *Agar* del señor Esquivel y el Guzman el Bueno del Sr. Utrera, se hubiera dicho este año que la pintura histórica habia muerto enteramente en España. D. Bernardo Lopez no se ha ensayado hasta ahora en el género sublime del arte; no conocemos todavia sus fuerzas en otro género de pintura mas que el de retratos; á muy pocos campeones queda pues reducida la falange de los verdaderos artistas.

Y sin embargo en el horizonte de nuestras artes descubrimos un iris lisonjero que nos promete dias mas bonancibles para el culto de lo bello. S. M. la Reina, (Q. D. G.), cada vez mas sensible á los encantos de la pintura, hace en su estudio muy notables adelantos; asi lo atestiguan las dos hermosas copias que ha presentado de la bellísima Concepcion de medio cuerpo de Murillo, y de la Magdalena penitente del Correggio, en las cuales es verdaderamente notable el empaste del color y la pureza de las tintas; y no es posible que la régia mano que con tanto amor estudia las producciones del génio, no empiece en breve á mostrarse pródiga con los artistas, cuyas obras son las páginas que mas inmortalizan á los soberanos ilustrados.

P. de Madrazo.

COSTUMBRES.

LA FUNCION DE SOMBRAS FANTASTICAS.

Esposicion simultánea de algunos cuadros disolventes y de disolucion.

PRIMERA PART .

Cuadros disolventes.

Y podeis haceros cruces
pues vais á ver travesuras
de un público puesto á oscuras
en el *siglo de las luces*.

Desde que la física recreativa no cabiendo en el reducido ámbito del gabinete del filósofo, invadió el terreno de la escena pública, todas las ciencias de que se compone fueron sujetas al penoso tributo de entretener y deleitar á la multitud. ¿Qué de estólidas risotadas y de espansivas esclamaciones no se deben á los maravillosos secretos de la *Quimica*, *Estática*, *Dinámica*, *Hydráulica* etc.? Pero á ningunos de ellos tantas como á los de la *Optica*. Oh! no hay sino la *Optica* para *ver* cosas estraordinarias! Cuantas ilusiones (de Optica) están causando todos los dias sus instrumentos desde el mas sencillo al mas complicado; desde el simple *espejo* de una almivarada coqueta ó el *lente* de un *fachionable*, hasta el *telescopio* de mas grueso calibre! Pero de todas sus ilusiones, las mas gratas y á propósito para espectáculo son las que proporciona la *cámara oscura*, madre natural de las *linternas mágicas*, de las *sombras chinescas* y *fantásticas*, de los *cuadros disolventes*, y de muchas cosas mas.

No há mucho tiempo que habiendo visto anunciado espectáculo de este género, y sabiendo que para ver y admirar los efectos de toda luz es necesario quedarse en tinieblas, resolvimos concurrir, porque nos pareció que el público de este *siglo de tantas luces* seria cosa digna de verse en la oscuridad que tanto debe amar por aquello de que (en latin) *qui male agit odit lucem*. Concurrimos en efecto y tales cosas vimos que no podemos resistir al prurito de contarlas.

El local era un teatro. La funcion comenzó pero aun no estábamos á oscuras. En aquel vasto recinto que debia convertirse en breve en una doble *cámara tenebrosa*. Fluctuaba un mar de clara luz que bañando las eterogeneas figuras que constituyen toda clase de públicos se estrellaba en vistosos cambiantes sobre el traje de algunos *acrobatas*, *clowns* y *prestidigitadores* encargados de la primera parte de la funcion.

Parecia imposible que *solo el respeto á la luz* hiciera de tan numerosos y diversos concurrentes un solo cuerpo decoroso y sensato, *un público*. Pero esta duda iba á desvanecerse pronto. El *acrobata* hace su último equilibrio, el *clown* dá su último salto, el *prestidigitador se escamotea á sí mismo*, y el telon cae. Un murmullo sordo se estiende por todo el local. Las *sombras* van á empezar y el teatro debe quedarse á oscuras. Las escotillas del proscenio se tragan la doble hilera de quinqués que alumbra la embocadura, y el murmullo crece. La orquesta apaga sus luces y enfunda sus instrumentos. Dos *asistencias* armados del correspondiente escabel se colocan en el punto á que es perpendicular la lucerna, que á una señal suya comienza á descender pausada y majestuosamente. El murmullo sube de punto en razon directa de lo que ella baja. Termina su descenso, y algunos chillidos y risotadas que parten de las localidades superiores, huérfanas ya de claridad, comienzan á sacar sus agudas notas sobre aquel coro *rezzitato á sotto voce*. La mano implacable de aquellos dos verdugos de la luz, con un simple movimiento de torsion va dando garrote una por una á todas las mechas de la lucerna; la oscuridad y el desorden avanzan en amigable alianza. Cada llama que muere parece el golpe de la *batutta* de un *direttore* que marca á aquella desarreglada orquesta un nuevo compás en *crescendo*. Falta una sola luz! qué confusion! *arriba*! grita al apagarla un *asistencia* para que la lucerna vuelva á subir, y aquel *arriba* fué un *Hourrah*!!! fatal, acogido y contestado con una de esas esclamaciones indefinibles, espresion legítima de la insensata alegría que se apodera del bebedor sediento á la vista del vaso lleno, ó del salteador al arrojarse sobre su presa. Qué desenfreno!! direis; qué impudencia!! Algo habrá de eso, pero reparad. Esa voz, que afanándose por imitar en un grosero falsete el plateado timbre de un tiple femenino, repite sin cesar las alarmantes frases de *Estese V. quieto caballero!! Mamá! Mire V. qué atrevido*! es á no dudar de un hombre que estará tal vez inocentemente solo entre masculinos camaradas. El áspero estallido de esa parodia de beso, á pesar de lo sostenido y espresado que está, es tan exagerado! tan poco incitativo! que bien se puede asegurar que ha sido *imitado* sobre el belludo dorso de una mano propia, hombruna, descalza de guante y algo sucia. El siglo XIX! hasta la inmoralidad y el cinismo de que hace ostentoso alarde, son menos grandes de lo que pretende hacerlos parecer. Careciendo de otro *entretenimiento* en aquella oscuridad, ibamos á engolfarnos en consideraciones filosóficas sobre esa proposicion, cuando hé aqui que el ágrio chirrido de las garruchas del arroje, y el repe-

tido *chicheo* de los que imponian silencio y atencion, nos hicieron conocer que el telon volvia á alzarse, y que iba á dar principio la tan deseada parte del espectáculo.

Alzado que fué aquel, apareció pintado en la pantalla transparente del aparato un cuadro, que por lo corrido de las tintas, lo confuso de los colores, y poco determinado de los perfiles, no pudimos conocer lo que era.

En aquel *caos* de luces, sombras y colores, no aparecia bosquejo alguno de figura completa. Pero poco á poco y como si á aquella materia confusa la animára un «*Fiat*» supremo, las sombras y colores se fueron fijando, los perfiles y contornos se marcaron y el cuadro apareció con una tension de luz maravillosa. Era el precioso paisaje de una tierra vírgen y privilegiada, en todo el vigor de una vejetacion fantasmagórica. La entonacion tenia algo de sagrado y el asunto le hubiéramos comprendido aun sin el auxilio de un *machaca* vecino nuestro de localidad, que sabia sin duda de memoria el programa de la esposicion, y cuya voz, pronunció distintamente el nombre con que le habia bautizado el fantasmagórico. *El Paraiso terrenal*; dijo, y en efecto: *Adan* y *Eva*, tales como les pintan las *Escrituras*, estaban en primer terminó al pié de un corpulento manzano, cuyo vedado y abundante fruto contemplaban con ánsia. Por su atezado tronco se deslizaba en una espiral rampante el escamoso cuerpo de una verdosa serpiente. Por un particular mecanismo las figuras cuyo reflejo se pintaba en la pantalla, eran susceptibles de movivimiento. La serpiente trepó hásta alcanzar la manzana con que brindó á la muger. Eva cayó en la tentacion, comió del fruto del *árbol de la ciencia y de la vida*, é hizo comer al hombre. De pronto el cielo azul del fondo del cuadro comenzó á nublarse y oscurecerse. Apareció en último término el *Angel vengador* en cuyas manos brilló un momento *la espada de fuego*, y las tintas principiaron á desvanecerse y á confundirse los perfiles.

Castigo de la cólera divina!
cara les vá á costar la golosina!

Dentro de las dimensiones del primer cuadro, é implícitamente con los restos que de su composicion se percibian aun, empezaron á trazarse otras nuevas figuras, que formaron con las anteriores un raro y doble mosáico donde la vista podia distinguir aunque confusamente lo mismo el conjunto de un cuadro que el del otro. Por fin el primero se borró completamente, apareciendo el nuevo claro y distintivo. Esta mutacion fué saludada por el público con un *¡¡Aaahhh!!* entre socarron y admirativo. *El diluvio universal*, murmuró nuestro consabido vecino. Y era de ver como el reverendo padre Noé, tal sobre poco mas ó menos como le habrán visto nuestros lectores en los teatros de figuras de movimiento, asomado á una ventana de su célebre *arca*, se ocupaba en dar entrada en ella á algunas aves rezagadas, que fiando sin duda en su álas, se habian entretenido en el camino.

A poco oscureciéndose mas y mas el horizonte, principió el cielo á desgajarse en una lluvia tal, que parecia *que sus cataratas se habian abierto*. Las aguas cubrieron la tierra, y el arca flotó sobre las aguas. Y á la manera que cuenta Virgilio cuando se sumergió la nave de los *Lycios*; *apparnerunt rari nantes in gúrgite vasto*. Eh! qué tal? nos dijimos; estos son los descendientes de aquellos dos, que de tal manera se habian compuesto, que habian hecho que su Criador se arrepintiera de tal obra. Y *este* entrando en ganas de destruirla *porque vió que era mala*.

Despues de amonestarlos de su mal,
los hizo darse un baño general.

Pero fué tanta su misericordia, que no queriendo mas que regenerar las razas, guardó dentro de aquel arca las semillas de un animalito de cada especie. Qué lástima!!

La esposicion del nuevo cuadro duró como la del primero unos cuantos segundos, durante los cuales se permitió al público admirar lo completo de su efecto, dándole en qué pensar sobre su mecanismo. Pasados estos momentos, el cuadro se comenzó á disolver; aparecieron entre sus restos los rudimentos del subsiguiente, que despues de una ligera vacilacion, apareció brillante y bien determinado.

Este nuevo cambio fué como todos los siguientes, recibido con la misma esclamacion un tanto cándida y *dos tanticos* burlona, con que oimos saludar al primero. Su asunto que cualquiera hubiera conocido aun sin el auxilio de la voz de nuestro cargante vecino, era un poco mas complicado. Una inmensa multitud de obreros en trajes diferentes, se ocupaba en la construccion de un *colosalísimo* edificio, cuya altura, aunque segun la espresion del cuadro tocaba ya en las nubes, parecia querer subir mucho mas. Todos estos, digimos tambien para nosotros, son descendientes de los descendientes de aquellos dos, que no contentos con la amistosa amonestacion del diluvio, habiendo heredado de ellos y de aquellos el *cólico de ilustracion* que les causó el dichoso fruto del *árbol de la ciencia* pretenden orgullosos elevar para signo de su poder y sabiduria, ese monumento que quieren hacer llegar al cielo. El cuadro representaba el momento de la *confusion* (Babel en hebreo) que dió nombre á aquella *torre*. Nadie se entendia, la edificacion estaba paralizada, y las gentes comenzaban á dispersarse.

Nosotros contemplábamos absortos aquel nuevo caos, y como tenemos la manía de creer que estos pasajes de la Historia Sagrada encierran ademas altas simbolizaciones, pensábamos allá en nuestros adentros que tambien á las edades modernas se las está indigestando el *fruto del árbol de la ciencia*; que tambien van teniendo su *diluvio* no de agua sino de *sabiduría*; y que su *ilustracion* y *civilizacion* estan alzando ya otra nueva *Babel* que Dios libre de toda *confusion*. Ibamos á continuar en nuestra filosóficas reflexiones, cuando nos sentimos amostazados con nosotros mismos al ver que se apoderaban de nuestro alegre génio tan sérias consideraciones; y para evitar que los cuadros que pudieran sucederse las suscitáran de nuevo, tornamos la espalda á la pantalla, y.... oh! que nueva y deliciosa perspectiva!! Allí vimos, amado lector.... pero vamos despacio el tránsito es brusco, la impresion diferente y digna de análisis, lo moral y lo filosófico se diferencian aunque se tocan, y en fin....

Aprovechando el vehículo
de los giros alegóricos,
tu moral pondré en ridículo
en otro segundo artículo
de cuadros fantasmagóricos.

M. Z. Cazurro.

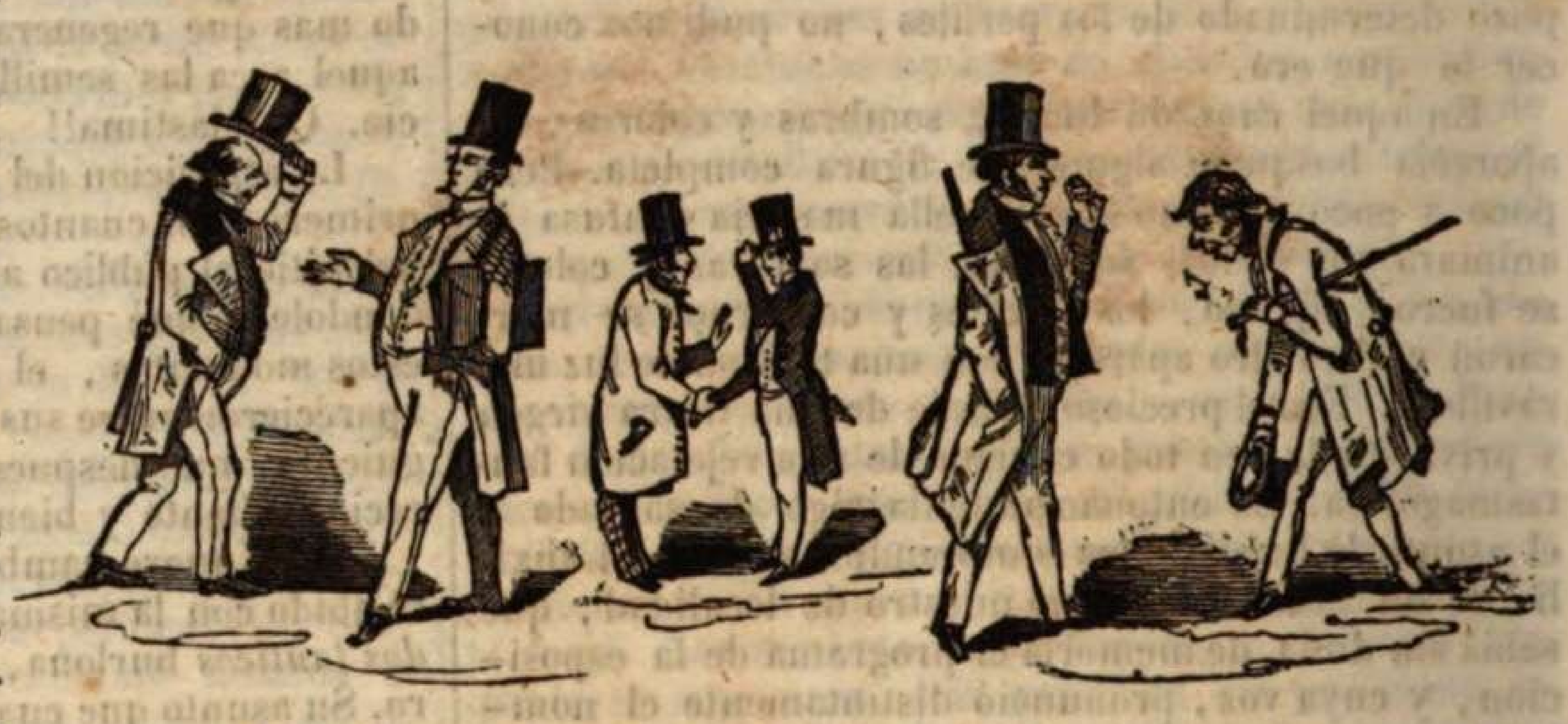
VARIEDADES.

DEL SALUDO.

El modo de saludar caracteriza completamente á las personas. Es en verdad no poco estraña la costumbre de que el encuentro de dos individuos conocidos, sea acompañado de dos actos indispensables; una contorsion y un cumplimiento. ¿Cuál es el objeto de las posturas y frases de ordenanza que constituyen el saludo? ¿Es el de tomarse tiempo recíprocamente para prepararse á la conversacion que haya de seguirle? Nosotros así lo creemos; un encuentro es una sorpresa embarazosa y el saludo y los cumplimientos que le siguen cosa útilísima para proveerse de aplomo y estar alerta.

La graduacion de las curvas que constituyen las distintas clases de saludos, bastaria para dar á conocer toda la escala social, desde el aristócrata de nuevo cuño y el título rancio, hasta el cesante y el mendigo.

Hay saludos que irritan y desazonan, saludos que conmueven y encantan, saludos que insultan y provocan, saludos que satisfacen y animan, saludos que desprecian é intimidan, saludos que lisonjean y envanecen; en suma todos los sentimientos del corazon, todas las afecciones de alma se manifiestan elocuentemente segun la espresion que se dá á este movimiento que se tiene por insignificante aunque es un intérprete exacto de las relaciones que median entre los que se encuentran y hasta del carácter de cada uno. Mejor que con enojosas é insuficientes esplicaciones, podrán nuestros lectores adquirir la teoría de los medios de calificar á las personas por el saludo, consultando detenidamente las viñetas que á guisa de formulario ó pauta acompañan á estos renglones, en ellas se ven hábilmente copiadas las diferentes clases de saludos, en que se reflejan como en un espejo los sentimientos, la posicion social y la distancia que median entre dos personas.



Bondadoso. Insultante. Benévolo. Frio. Humillante. Bajo.



Impaciente. Servil. Sincero. Afectado.



Andad. Orgulloso. Triste.

Madrid 1847—Imprenta y Establecimiento de Grabado de D. Baltasar Gonzalez, calle de Hortaleza n. 89.